

Soliloquio de Un neutro. (pequeño ensayo de filosofía cínica).

(Los Lunes de El Imparcial. Madrid, 19 marzo 1917)

In interiori hominis habitat servitas

¿Y a mí quién me manda meterme en eso? ¿Qué me va ni me viene en ello? Dicen que una señora, inglesa o norteamericana, no lo sé bien, pero sí que era teósofa o cosa por el estilo, Annie Besant, solía decir que entre este dicho: «alguien tiene que hacerlo, pero ¿por qué he de ser yo?», y este otro: «alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no yo?», median siglos enteros de evolución moral. ¡Pataratas! El que se mete en un fregado o barrido es para que se lo digan, por vanagloria, para presumir y dar que hablar. Cuando no para algo peor. ¡Titeres, nada más que titeres!

Ahora están dando en querernos presentar como una especie de santo civil y un profeta de civilidad a aquel Abraham Lincoln que sostuvo a los Estados del Norte, a los anti-esclavistas, en los días acerbos y duros de su lucha contra los del Sur, los esclavistas. Y fué, sin embargo, ese Lincoln quien cuando aun no pensaba llegar a ser presidente de la República de su patria, declarando que la ambición de llegar a serlo no es de hombres de la familia del león o de la casta del águila, y hablando de los que arden por distinción y tienen sed de ella, añadía que han de obtenerla a costa de emancipar esclavos o de esclavizar hombres libres. Y a mí Dios no me ha llamado ni a una cosa ni a otra. ¿A qué me ha llamado, pues, Dios?

Sí, veámoslo, ¿a qué me ha llamado Dios? Y en primer lugar, ¿me ha llamado a algo? Me parece que no. Me trajeron, que yo no vine, a vivir, y vivo. Y no es poco. ¡Se vive!

Esos faroleros dicen que no vivo y hasta que no existo. Añaden que no soy persona, sino cosa; carne de esclavo. ¿Y qué es persona? ¿Y qué es cosa? Persona es careta, máscara; cosa es causa. Es más positivo, sin duda, ser causa que no máscara. La causa obra, la máscara representa. Y todo eso de la representación y lo representativo y la ciudadanía y la libertad... ¡Bah, bah, pataratas! Teatro, puro teatro. Es mejor ser espectador que cómico, y mejor que ser espectador, estarse en la cama durmiendo la cena. Porque lo que se duerme es lo que se gana.

¿Ciudadano? ¿Ciudadano yo? ¿Y eso con qué se come? ¿Con qué se come la ciudadanía? Porque todo eso acaba en que sube el pan. Eso que llaman libertad es quisicosa muy



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



cara, y si la compro al precio de la vida y luego me muero, ¿quién será libre? No yo. Y bien dijo quien dijo que vale más ser perro vivo que león muerto. Y si la compro al precio de mi salud, ¿para qué quiero quedarme libre y a la par enfermo? Y si a costa de mi fortuna, ¿para qué libre y pobre? Ningún pobre es libre.

Ese fantástico D. Miguel me hablaba el otro día de la codorniz que enjaulada empieza a dar saltos en la jaula, golpeándose la cabeza contra el techo de la jaula, que así ensangrienta, hasta que a las veces sucumbe a esos esfuerzos por libertarse. Y sacaba yo no sé qué metafóricas consecuencias de ello. Sí, sí; hay hombres que pegan saltos y se creen, ¡pobrecitos!, que dan con la cabeza en el cielo azul y que lo ensangrientan con la sangre de sus sesos. Y luego resulta que ni es cielo, ni es azul, ni es techo alguno, ni ellos están enjaulados, ni hay jaula, ni libertad, ni servidumbre, ni cosas que lo valgan. Ganas de pasar el tiempo. Y es mejor pasarlo como yo lo paso. Es decir, me pasa él.

Me llamó luego vil y abyecto, y recordando aquello de Maquiavelo de que para quien desea engañar siempre habrá quien busque ser engañado, me dijo que la servidumbre no procede del instinto de señorío del amo, sino del de servilidad del siervo, y que para quien quiera domeñar a otro y hasta para quien no lo quiera habrá siempre quien busque y pida y suplique ser domeñado. ¡Puede ser...! Y después de todo, ¿qué mejor se puede apetecer que un buen amo? Porque el buen amo es el que quiere aparecer siéndolo, aunque no lo sea. Y no hay hombre más libre que el esclavo, pues que no tiene que pensar en el pan de mañana.

«Ser o no ser», exclamó aquel pedante de Hamlet. Y como eso no quiere decir nada, se quedan boquiabiertos todos los papamoscas al oírlo. «Pienso, luego soy», dijo otro pedante. Y un tercer pedante, acordándose a la vez de ambas sentencias, exclamó: «pensar o no pensar!» Y luego: «ser o no ser libre!» Pero de lo que hay que estar libre es de tener que pensar, y es la única positiva libertad de pensamiento.

¿Existo o no existo? ¿Soy libre o esclavo? ¡Logogrifos! ¡Metafísica! Lo que sé es que como y sigo durando. Y esta es la fija: ¡comer y durar! El que no come no dura. Aunque lo malo es ¡ay! que hasta comiendo se deja de durar. Pero los duelos con pan son menos.





Don Miguel me decía que también los muertos duran, duran como muertos, y que no se debe durar, sino vivir, y que yo no vivo, sino que duro, y qué sé yo que más. ¡Pataratas y juegos de palabras! Pero qué afición tienen, Dios mío, a jugar con las palabras estos... ¿Cómo los llamaré? estos que mi amigo Juan Lanas llama hombres dinámicos. Pues yo me quedo en estático. Estar es lo supremo.

Ante todo la división del trabajo. Es el gran principio de toda organización y de todo bienestar social. Sin la división del trabajo nada marcha bien. ¡Zapatero, a tus zapatos! El que nació para mandar, a mandar, y los demás, a ser mandados. ¿Para qué quiero yo saber dónde tengo el bazo y para qué sirve y cómo se cura si enferma? Ahí está el médico. Y todo el que no siéndolo se mete a escudriñar cómo tiene las cosas del bandujo y los entresijos, acaba en enfermo imaginario y en neurastenia segura. Los médicos curan mejor a los enfermos cuanto menos saben éstos de su enfermedad. Y una cosa así sucede con los curas. ¡Cualquier día me pongo yo a devanarme los sesos por eso del pecado original y la redención y la gracia y el libre albedrío! No debe uno metarse en lo que no le atañe.

Sí, sí, ya conozco las doctrinas de los hombres de excepción; pero como los más, la casi totalidad, somos de regla general del montón, del vil rebaño, pues...

¿Que todos debemos aspirar a ser excepcionales?... ¡Medrados estaríamos! Sí, ya me acuerdo, cuando hablando de un pobre majadero me dijo que su deber era romperse la crisma a estudiar, violentar su majadería, y al decirle yo que eso equivaldría de su parte a un suicidio, me contestó: «¡Pues que se suicide, que tal es su deber!»

Por más vueltas que le den siempre quedará en fijo que el fin de un pueblo es el bienestar. El bien estar y no el bien andar. No, no, nada de bienandanzas, sino bienestancias.

¡A otra cosa nos ganarán, pero lo que es a felices!... Para felices, para contentos, para bien hallados nosotros, y todo lo demás son paparruchas y ganas de hablar por no callarse. Porque hay que ser optimista. ¡Pues no faltaba más!...

Sí, voy a apuntarme para optimista. Pero... ¿No sería mejor no apuntarme para nada? ¿A qué comprometerme? No, dejémosle estar. Porque son capaces de constituir el partido optimista, con su reglamento, y su Comité, y su programa, y sus demás zarandajas, y entonces... ¡adiós mi dinero! No, nada de eso. Y el día en que se les ocurra fundar el partido de los neutros, dejo de serlo. Pero ¿y qué me hago entonces?



Porque aquí está el busilis. Si me hostigan en mi neutralidad, ¿adónde me voy? ¿Me declararé epiceno? ¿O común de dos? ¿O ambiguo? Ambiguo sería lo mejor. ¿Y nihilista? Pero esto de nihilista tiene un sentido desde que esos rusos... Huele a dinamita. Y es menester que no huela a nada. Nihilista... ¡Clarol, de «nihil», palabra latina... Eso no es castizo. ¡Lo castizo es nada! ¡NADA! ¡Qué castizo es esto! También la nada es cosa, esto es, causa. Me declararé, pues, nadaista.

¿Pero... declararme? ¿Qué es eso de declararme? ¿Pues no se reirán poco de mí ¡Y de mí no se ríe nadie! Y menos yo mismo. Paso por todo menos por ponerme en evidencia, que es ponerse en ridículo. De modo que lo derecho es no ponerse.

Digan lo que quieran, se vive bien. ¡Vaya si se vive bien! Lo primero, vivir; es decir, durar. Y después... seguir durando.

Se vive bien, si, se vive bien. Y esos que emigran es porque tienen hormiguillo y mal asiento. ¡Sí, van los pobres a que los exploten y a morirse de hambre! Y de morirse, es mejor morirse donde se ha nacido; se muere más descansado. ¡Buena gana dar media vuelta en la cama antes de lanzar la última boqueada!

¿Para qué trabaja el hombre? Para no tener que trabajar. ¿Para qué corre? Para poder pararse.

Y luego que me llamen siervo. Vale más ser siervo de otros que siervo de sí mismo. Y esos que se creen libres son siervos, siervos de sí mismos, siervos del sentimiento fantástico de su libertad. ¡De cuántas cosas se privan por no renunciar a esa libertad tan decantada! El que quiera mantener incólume su libertad desconocerá las más delicadas dulcedumbres de la existencia. Como se ríe del lobo la oveja cuando aquél la está devorando. Y se dice: «no volverás a devorarme otra vez!» Porque el lobo volverá a tener hambre de oveja; pero la oveja no será devorada mas que una vez. Y quién sabe... acaso le causa al lobo una indigestión que le cuesta la vida.

Lo mejor será cultivar la envidia, que es nuestro veneno espiritual, envenenarnos la obediencia y la sumisión y así le amargaremos su señorío al majadero del amo que nos maneje. ¡Lo que al cabo tendrá que sufrir al leer en nuestra sumisión nuestro desprecio! Reventará de indigestión de dominio. Le crucifiquemos con nuestras miradas, miradas de clavo emponzoñado.

¿Neutro, eh? ¿Neutro? ¡Vuelve por otra!

Y el hombre sintió en la boca el amargor de la billis.

Miguel de UNAMUNO

